

SERMONS ON VARIOUS OCCASIONS, VII

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Dublin

Fiesta de la Conversión del Apóstol San Pablo. Tercer domingo después de Epifanía. 1857.

El don característico de san Pablo

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

*Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis,
ut inhabitet in me virtus Christi.*

Con sumo gusto me gloriaré en mis debilidades,
para que habite en mí la fuerza de Cristo (2 Cor, 12,9)

Todos los Santos, desde el principio al fin de la historia, se parecen entre sí en que su excelencia es sobrenatural, sus acciones heroicas, sus méritos extraordinarios y predominantes. Todos ellos son modelos escogidos de las virtudes teologales, todos son bendecidos con una rara y especial unión con su Creador y Señor, todos llevaron vidas penitentes, y cuando dejan este mundo se les perdona ese tormento al que están destinadas multitud de almas santas, entre la tierra y el cielo, la muerte y la gloria eterna.¹ Sin embargo, con todas estas señales varias de su pertenencia a la única y misma familia celestial, pueden ser divididos, en su aspecto externo, en dos clases.

Por un lado, están aquellos tan absorbidos en la vida divina que parecen, aún mientras están en este mundo, no tener parte en la tierra o en la naturaleza humana, sino que piensan,

hablan y actúan según modos de ver, afectos, y motivos simplemente sobrenaturales. Si aman a otros es sencillamente porque aman a Dios, y porque el ser humano es objeto de Su compasión o de Su alabanza. Si se alegran, es en aquello que no se ve. Si sienten interés, es lo que es celestial. Si hablan, es casi con la voz de los ángeles. Si comen o beben, es casi solamente el alimento de los ángeles, pues está registrado en sus historias que durante semanas no comieron nada sino el Pan Celestial que es el sustento propio del alma. Así suponemos que fueron San Juan, Santa María Magdalena, los eremitas del desierto, y muchas de las vírgenes cuyas vidas pertenecen a la ciencia de la teología mística.

Por otro lado, están aquellos, también del más alto grado de la santidad, como podéis ver, en quienes lo sobrenatural se combina con lo natural en lugar de suplantarlo, vigorizándolo, elevándolo, ennobleciéndolo, y que no son menos hombres por ser santos. No dejan a un lado sus

¹ Se refiere al Purgatorio.



La conversión de San Pablo, Enea Vico, 1545, grabado, Bristih Museum

cualidades, sino que los usan para la gloria del que se los dio. No obran junto a ellos sino a través de ellos. No los eclipsan por el brillo de la gracia divina, sino que los transfiguran. Son versados en conocimientos humanos, están ocupados en la sociedad humana, entienden el corazón humano, pueden meterse en las mentes de otros hombres, y todo esto es consecuencia de dones naturales y de una educación secular. Mientras se mantienen seguros en la bendición de pureza y paz, pueden seguir en la imaginación las diez mil aberraciones del orgullo, la pasión y el remordimiento. El mundo es para ellos un libro que les atrae por sí mismo, que leen con fluidez, que les interesa naturalmente, aunque en razón de la gracia que habita en ellos lo estudian y conversan con él para gloria de dios y salvación de las almas. De este modo, tienen los pensamientos, sentimientos, estados de ánimo, atracciones, simpatías y antipatías por otros hombres, tanto como no sean pecado, y porque estas propiedades de la naturaleza humana están purificadas, santifica-

das y elevadas. Son más elocuentes, más poéticos, más profundos, más intelectuales, solamente en razón de ser más santos. En esta última clase podría quizás sin presunción ubicar a muchos de los antiguos Padres, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, San Atanasio, y sobre todo al gran santo de este día: San Pablo Apóstol.

Creo que es una feliz circunstancia que, en esta iglesia que está bajo el patrocinio de nombres tan grandes como el de San Pedro y San Pablo, las festividades de estos dos Apóstoles (el 29 de junio San Pedro y hoy San Pablo), hayan caído en domingo en este primer año en que estamos reunidos aquí. Y ahora que hemos llegado, por la protectora providencia de Dios, al último de estos dos días, la Conversión de San Pablo, no quiero perder la oportunidad, con todas las dudas acerca de mi habilidad, de presentaros, hermanos míos, al menos unas pocas observaciones sobre la magnífica obra de la creativa gracia de Dios en la persona de este gran Apóstol, misericordiosa-



Estatua de san Pablo en San Juan de Letrán (Roma).

mente presentada para nuestra reflexión. Sé que lo mejor que pueda decir será indigno de él, y aún eso mejor difícilmente podré mostrarlo en el espacio de tiempo que se me concede en una ocasión como esta; pero confío que lo que se dice por devoción a él y para la gloria divina tiene su utilidad, aunque sea defectuosa, y es una súplica de aquellos que lo dicen para que él lo vea favorablemente, y sea aceptado bondadosamente por su Señor y Maestro, que es también el nuestro.

Ahora bien, como he comenzado por comparar a San Pablo con San Juan, insinuando que San Juan llevó una vida más simplemente sobrenatural que San Pablo, puede pareceros, hermanos míos, que estoy denigrando a San Pablo,

y podríais preguntarme si es posible para cualquier santo sobre la tierra tener una comunión más íntima con su Divina Majestad que la que le fue concedida a San Pablo. Me recordaríais sus mismas palabras: “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí: la vida que vivo al presente en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2, 20). Y podríais referiros a sus éxtasis y visiones más sorprendentes, como cuando fue arrebatado hasta el tercer cielo y escuchó palabras inefables “que el hombre no puede pronunciar” (2 Cor 12, 4). Podríais decir que “de ningún modo se queda corto” respecto de San Juan en su imponente iniciación en los misterios del Reino de los Cielos. Ciertamente podríais decir esto, y no estoy imaginando nada contrario a vosotros. No podemos comparar Santos, pero coincido con vosotros en que San Pablo recibió favores, iguales según nuestra comprensión, a los que le fueron concedidos a San Juan. Pero entonces, por otro lado, tampoco San Juan quedó atrás de San Pablo en estas señales del amor divino. En verdad, estas señales son algunas de esas mismas cosas que, en mayor o menor grado, pertenecen a todos los santos, como dije al comenzar, por cuanto mi pregunta es ahora no cuáles son esos puntos en los que San Pablo coincide con todos los otros santos, sino cuál es su marca distintiva, cómo le reconocemos de los demás, qué hay de especial en él. Y pienso que su característica es que, como he dicho, la plenitud de los dones divinos no tiende a destruir lo que es humano en él, sino a espiritualizarlo y perfeccionarlo. De acuerdo a sus propias palabras, usadas para otro asunto, pero estableciendo, como si fuera, el principio sobre el cual estaba formado su propio carácter, “no es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Cor 5, 4). En él, su naturaleza humana, sus afectos humanos, sus dones humanos, estaban poseídos y glorificados por una vida nueva y celestial, pero permanecían, y de ellos habla en el texto, desde su humildad, llamándolos su debilidad. No fue desvestido de su

naturaleza sino vestido con la gracia y el poder de Cristo, y por eso él se *glorí*a en su debilidad. Este es el tema sobre el cual deseo explayarme.

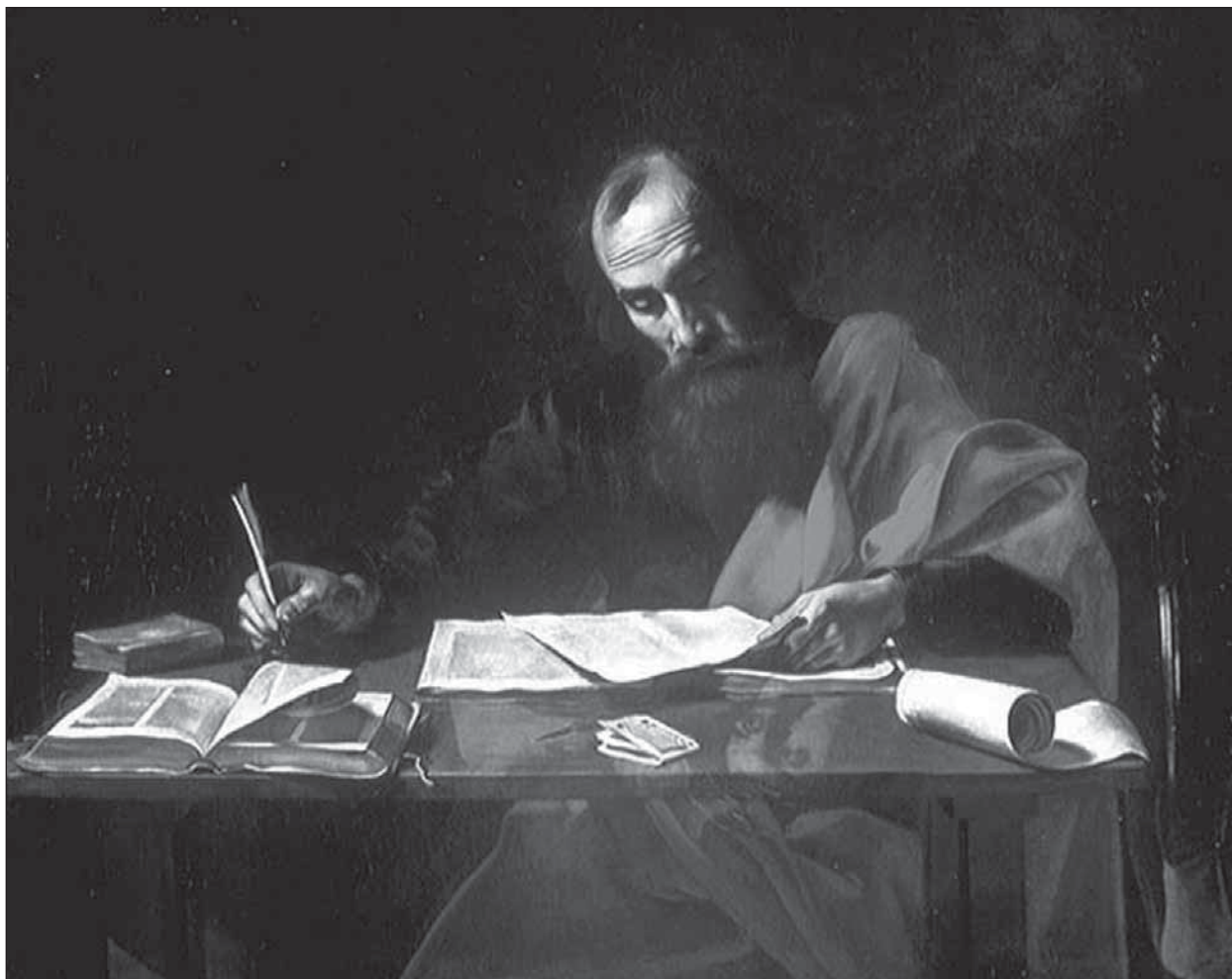
Un poeta pagano ha dicho: “Homo sum, humani nihil a me alienum puto”. “Soy un hombre, nada humano es ajeno a mi interés”, y este sentir ha sido amplia y merecidamente elogiado. Y creo que esta es, en un sentido pleno que un pagano no podía entender, la característica de este gran Apóstol. Está siempre hablando, para usar sus propias palabras, de “cosas humanas”, y “como un hombre”, y “de acuerdo a los hombres”, y “tontamente”, es decir, que la naturaleza humana, la naturaleza común a toda la raza de Adán, habló en él, actuó en él, con una presencia enérgica, con una suerte de plenitud corporal, siempre bajo el soberano gobierno de la gracia divina, pero sin perder su libertad y poder real por esta subordinación. Y la consecuencia es que, siendo tan fuerte en él la naturaleza de hombre, es capaz de entrar en la naturaleza humana, de simpatizar con ella, con un don que es peculiarmente suyo.

El ejemplo más sorprendente de esto es que, aunque su vida anterior a la conversión parece haber sido tan concienzuda y tan pura, sin embargo no duda en asociarse con los paganos proscritos, y hablar como si él fuera uno de ellos. San Felipe Neri, antes de comulgar solía decir, “Señor, declaro ante Ti que no soy bueno para nada sino para el mal”. En la confesión solía decir, “nunca he hecho una buena acción”. Decía a menudo, “no tengo arreglo”. A un penitente le dijo. “esté seguro de que soy un hombre como mis vecinos, y nada más”. Pues bien, lo que quiero decir es que, de modo parecido, San Pablo sentía que todos sus vecinos, toda la raza de Adán, existía en él. Se reconocía poseído de una naturaleza, era consciente de poseer una naturaleza capaz de entregarse a la multiplicidad de emociones, de estratagemas, de propósitos, y de pecados, que efectivamente rigen en el ancho mundo y en la multitud de seres humanos. Y en ese sentido resiste los pecados de todos los hombres, se asocia



Estatua del apóstol san Juan en San Juan de Letrán (Roma).

con ellos, habla de ellos, y de sí mismo como uno de ellos. Digo que él, un estricto fariseo (como se describe), irreprochable de acuerdo a la justicia legal, que habla con buena conciencia ante Dios y le sirve desde sus antepasados con pura conciencia, sin embargo habla en todas partes de sí mismo como un pagano disoluto antes de la gracia del llamado de Dios. No solamente se cuenta, por nacimiento, en el número de los “hijos de ira”, sino que se clasifica con los paganos “en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne” (Ef 2, 3). Y en otra carta habla de sí mismo, en el momento que escribe, “yo soy de carne, vendido al poder



San Pablo escribe sus cartas, Valentin de Boulogne (1620, circa), Museum of Fine Arts, Houston.

del pecado”, y habla del “pecado que habita en mí”, y de “servir con la carne a la ley del pecado” (Rom 7, 14.20.25), digo, cuando era un Apóstol confirmado en la gracia. Y de igual modo habla de la concupiscencia como si fuera pecado, porque captó vívidamente lo que era esa naturaleza suya en sus tendencias y resultados, cuando estaba privada de la gracia que la había santificado.

De aquí que yo justifique el gusto de San Pablo por los escritores paganos, o lo que nosotros conocemos por los clásicos, lo cual es muy notable. Él, el Apóstol de los gentiles, era entendido en las letras griegas, así como de modo similar Moisés, el legislador de los judíos, lo fue en la sabiduría de los egipcios. Y no abandonó ese co-

nocimiento cuando “aprendió a Cristo”. No pienso que esté exagerando al decir esto, pues sale citando tres veces pasajes de esos autores: hablando a los paganos atenienses, a sus conversos de Corinto, y en una exhortación personal a su discípulo Tito. Y es muy notable que uno de los escritores que cita fuese autor de comedias, que no reclamaban ser leídas por contener ninguna alta moralidad. ¿Cómo explicarnos esto? ¿Se gozaba San Pablo en lo que era licencioso?, no lo permita Dios. Es que tenía el sentimiento de un ángel guardián que ve cada pecado que comete el rebelde, y lo mira y llora. Con esta diferencia: que tenía simpatía con los pecadores, cosa que un ángel (dicho con reverencia) no puede tener. Era un verdadero amante de las almas. Amaba

la pobre naturaleza humana con amor apasionado, y la literatura de los griegos era sólo expresión de esa naturaleza, y se inclinaba sobre ella con ternura y tristeza, deseando su regeneración y salvación.

Así es como doy cuenta de su conocimiento familiar de los poetas paganos. Algunos de los Padres antiguos consideran que los griegos estaban bajo una especial dispensación de la Providencia, preparatoria del Evangelio, aunque no directa del cielo como era la de los judíos. San Pablo parece, si así lo puedo decir, participar de este sentir: así como claramente enseña que los paganos están en la oscuridad y en pecado, y bajo el poder del Maligno, no admite que estén más allá del ojo de la Divina Misericordia. Por el contrario, habla de Dios como “fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar”, es decir, acompañando las vicisitudes de la historia y la migración de las razas, “con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas lo buscaban y lo hallaban”, puesto que, continúa, “Él no se encuentra lejos de cada uno de nosotros” (Hech 17, 26-27). Así también, cuando los de Licaonia quisieron rendirle culto, inmediatamente se ubicó reconociéndose entre ellos y a su nivel, mientras les hablaba al mismo tiempo del amor de Dios por ellos, aunque eran paganos. “Amigos”, les dijo, “¿por qué hacéis esto? Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros”, y agregó que Dios “en los tiempos pasados, permitió que todas las naciones caminaran según sus propios caminos, si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes, enviando desde cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando nuestros corazones de sustento y alegría” (Hech 14, 15-17). Ved que dice “*nuestros* corazones”, no “*vuestros*”, como si él fuese uno de aquellos paganos, y se expresa de modo bondadosamente humano acerca del alimento, y de la alegría que el alimento produce, concedido a los pobres paganos. Por eso, él es el Apóstol que insiste especialmente en que todos procedemos de un padre, Adán, por lo cual

se complacía en pensar que todos los hombres fueran hermanos. “Dios creó de un solo principio todo el linaje humano” (Hech 17, 26), y “del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (1 Cor, 15, 22). Citaré un solo pasaje más del gran Apóstol sobre el mismo tema, en el cual contempla con ternura la cautividad, la angustia, el anhelo, y el rescate de la pobre naturaleza humana. “La ansiosa espera de la creación”, es decir, de la naturaleza humana, “desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto” (Rom 8, 19-22).

Estos son muestras de ese afecto tierno que tenía el gran corazón del Apóstol por todos los que eran como él, los hijos de Adán. Pero si sentía tanto por todas las razas esparcidas sobre la tierra, ¡cuánto sentía por su propia nación! ¡Qué mezcla especial de amargura y dulzura, de generoso orgullo (si puedo hablar así) pero de angustia penetrante y abrumadora, le producía el pensamiento de la raza de Israel!, la más elevada y amada de las naciones, su propio pueblo querido, cuyas glorias estaban ante su imaginación y en sus afectos desde la niñez, el pueblo que tenía la primogenitura y la promesa, pero que en lugar de hacer uso de ellas las había desechado locamente! ¡Ay, él mismo había sido alguna vez partícipe en esa locura, y fue salvado de su capricho únicamente por el poder milagroso de Dios! ¡Oh, la más querida, la más gloriosa de las razas, miserablemente caída! ¡Tan grande y tan abyecta! Este es su tono al hablar de los judíos, a la vez un Jeremías y un David, David en su patriótico cuidado por ellos, y Jeremías en su denuncia lastimera y resignada.

Considerad sus palabras: “Digo la verdad en Cristo, no miento, mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo, siento una gran tristeza y

un dolor incesante en el corazón” (Rom 9, 1-2). A pesar de sus visiones y éxtasis, de su elección maravillosa, de sus múltiples dones, de los cuidados de su apostolado y de “la solicitud por todas las iglesias”, podríais pensar que había tenido bastante de otra manera tanto para acongojarle como para alegrarle, pero no, esta contemplación especial permanece siempre ante su mente y en su corazón. Me refiero al estado de su propio pueblo, que estaba en loca enemistad contra el Salvador prometido, que se había alegrado de antemano siglo tras siglo por la Esperanza de Israel, preparando el camino, anunciándola, sufriendo por ella, cuidándola y protegiéndola, pero cuando llegó, rechazándola, y perdiendo el fruto de su larga paciencia. “Los israelitas”, dice con tristeza deteniéndose en sus glorias pasadas, “de los cuales es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas de los cuales también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.” (Rom 9, 4-5).

¡Qué duro fue para él dejarlos! Rogaba por ellos, mientras ellos perseguían al Señor y a él mismo. Le recordaba a su Señor que él mismo había sido también ese perseguidor, ¿y por qué no probarles un tiempo más? “Señor”, dijo, “ellos saben que yo andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en ti; y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo también me hallaba presente, y estaba de acuerdo con los que le mataban y guardaba sus vestidos” (Hech 22, 19-20). Veis que su vieja forma de pensar, y los sentimientos e ideas con los que perseguía a su Señor, estaban todavía patentes ante él, y los reconocía como si todavía fueran propios. Dice: “Testifico en su favor que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento” (Rom 10, 2). ¡Ciegos, ciegos! parece decir, ¡que haya habido tanto de bueno en ellos, tanto celo, tanto propósito religioso, tanta firmeza, tanta resolución como la de Josías, Matatías, o Macabeo, para guardar toda la ley y honrar a

Moisés y los Profetas, pero todo malogrado, todo deshecho, por un pecado fatal! ¿Y qué es lo que está pronto a hacer? Moisés, en una ocasión, quiso sufrir en lugar de su pueblo rebelde y dijo: “Con todo, si te dignas perdonar su pecado..., y si no, bórrame del libro que has escrito” (Ex 32, 32). Y ahora, cuando la Nueva Ley se hallaba en vías de promulgación, y la raza elegida estaba cometiendo el mismo pecado, su gran Apóstol deseaba lo mismo: “Desearía ser anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne” (Rom 9, 3). Y luego, cuando todo fue en vano, y permanecieron obstinados, y entró en vigor el gran decreto de Dios, por el mismo afecto que les tenía no quería conceder que fueran reprobados. Se consolaba con el pensamiento de cuántas eran las excepciones a tan triste sentencia. Y pregunta: “¿Es que ha rechazado Dios a su pueblo? ¡De ningún modo! ¡Que también yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín!” (Rom 11, 1). “No todos los descendientes de Israel son Israel” (Rom 9,6). Y se explaya en la confiada anticipación de su recuperación en el tiempo futuro. Y dice, escribiendo a los romanos: “Son enemigos para vuestro bien”, es decir, habéis ganado con su pérdida, “pero en cuanto a la elección amados en atención a sus padres; pues los dones y al vocación de Dios son irrevocables” (Rom 11, 28-29). “El endurecimiento parcial que sobrevino a Israel, durará hasta que entre la totalidad de los gentiles, y así, todo Israel será salvo” (Rom 11, 25-26).

Hermanos míos, he explicado con cierta extensión lo que quiero decir cuando hablo del don característico de San Pablo, esto es, una aprehensión especial de la naturaleza humana de hecho, y una familiaridad íntima con ella como objeto de continua contemplación y afecto. La hizo suya plenamente en vez de aniquilarla, simpatizó con ella mientras la mortificaba por la penitencia, mientras la santificaba por medio de la gracia que le era dada. Aunque nunca había sido un pagano, y ya no era más un judío, sin embargo, podría decir que fue un pagano en capacidad

y un judío en la historia del pasado. Su vívida imaginación le permitió insertarse en la condición del paganismo, realizando todas aquellas tendencias que yacían latentes en su naturaleza humana, y sus debilidades se transformaron en pecado. Su memoria despierta le permitió hacer volver esos sentimientos pasados e ideas de un judío, que en el caso de otros una milagrosa conversión los hubiera borrado. Y entonces, mientras era un santo, inferior a ninguno, era aun ciertamente un hombre, y a su propia percepción todavía un pecador.

Y siendo esto así, ¿no veis, hermanos, qué apto era para el oficio de Doctor ecuménico, de Apóstol, no sólo de los judíos sino de también de los gentiles? El Todopoderoso obra a veces con milagros, pero comúnmente prepara a sus instrumentos con métodos de este mundo, y así como atrae las almas hacia Él “con cuerdas humanas” (Os 11,4), así las elige para Él de acuerdo a sus poderes naturales. San Juan, que se recostó sobre su pecho, y cuyo libro fue el sagrado corazón de Jesús, y cuya especial filosofía fue la “scientia sanctorum”,² no fue elegido él para ser el Doctor de las naciones. San Pedro, educado en los misterios del Credo, el Árbitro de la doctrina y el Gobernante de la fe, también él fue pasado por alto en esta tarea. Le fue encomendado especialmente a San Pablo predicar al mundo pues conocía el mundo, y conquistar el corazón pues lo comprendía. Fue su simpatía el medio de su influencia, su afectuosidad el título e instrumento de su imperio. “Con los judíos me hecho judío para ganar a los judíos; con los que están bajo la Ley, como quien está bajo la Ley –aun sin estarlo– para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin Ley, como quien está sin Ley para ganar a los que están sin Ley...Me hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos” (1 Cor 9, 20-22).

Y ahora, hermanos, mi tiempo se ha acabado antes de que haber comenzado bien mi tema, porque ¿cómo puedo decir que he entrado en el gran Apóstol cuando no me he referido aún a sus afectos cristianos y su comportamiento hacia los hijos de Dios? Hasta ahora he hablado principalmente de su simpatía para con la naturaleza humana sin asistencia ni regeneración, no de ese anhelo de su corazón tal como se muestra en acción bajo la gracia del Redentor. Pero quizás es más adecuado en la Fiesta de su conversión parar en ese punto al cual le lleva el día, y quizás también se me permitirá, en una futura ocasión, intentar, si no es presunción, hablar de él nuevamente.

Mientras tanto, ¡que este glorioso Apóstol, el más dulce de los escritores sagrados, el más conmovedor y victorioso de los maestros, me haga algún favor, ya que siempre he sentido una especial devoción hacia él! ¡Que este gran santo, este hombre de mente grande, de simpatías varias, de corazón afectuoso, tenga un pensamiento amable para cada uno de nosotros aquí según nuestras respectivas necesidades! Ha llevado sus pensamientos y sentimientos humanos con él a su trono de arriba, y, aunque ve la Infinita y Eterna Esencia, aún recuerda bien ese océano de abajo, turbulento e inquieto, de esperanzas y temores, de impulsos y aspiraciones, de esfuerzos y fracasos, que es ahora lo que era cuando él estaba aquí. Supliquémosle que interceda por nosotros a la Majestad en lo alto para que también nosotros podamos tener alguna porción de esa ternura, compasión, mutuo afecto, amor de hermandad, aborrecimiento de la contienda y la división, en todo lo cual él sobresalió. Implorémosle especialmente, como debemos, que bendiga al reverendísimo Prelado bajo cuya jurisdicción vivimos y cuyo onomástico es hoy, para que el gran nombre de Pablo sea para él una torre de fortaleza y fuente de consolación ahora, en la muerte, y en el día del juicio³.●—

2 La ciencia de los santos.

3 El Arzobispo de Dublin era en ese momento Paul Cullen.

SERMONS ON VARIOUS OCCASIONS, VIII

Predicado en la iglesia de la Universidad Católica de Dublin

Domingo de Sexagésima, 1857.

El don de simpatía de san Pablo

TRADUCCIÓN: FERNANDO M. CAVALLER

Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis. Qui consolatur nos in omni tribulatione nostra, ut possimus et ipsi consolari eos qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur et ipsi a Deo

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!

2 Cor, 1, 3-4)

No hay nadie que haya amado al mundo tan bien como Aquel que lo hizo. Nadie ha comprendido el corazón humano, la naturaleza humana, y la sociedad en sus formas diversas, nadie que haya penetrado tan tiernamente y medido la grandeza y pequeñez del hombre, sus acciones y sufrimientos, sus circunstancias y su suerte, nadie que haya sentido tan profunda compasión por su ignorancia y su culpa, por su actual revelación y su perspectiva futura, como el Omnisciente. La prueba de esto es lo que Él ha hecho realmente por nosotros. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Jn 3, 16). Amó la humanidad en su corrupción, a pesar del aborrecimiento que te-

nía por esa corrupción. Amó a los hombres con el amor de un padre, que nunca deshecha a un hijo indigno para siempre sino que es afectuoso con su persona, mientras está indignado ante su mala conducta. Los amó por lo que aún quedaba en ellos de su excelencia original, que era en su medida un reflejo de la Suya. Los amó antes de redimirlos, y los redimió porque los amaba. Esta es la “filantropía” o “humanidad” de Dios nuestro Salvador, de la cual hablan los escritores inspirados.

Digo que nadie puede conocer la raza del hombre tan bien, nadie puede amarla tan verdaderamente por ella misma, como Aquel que



Primera representación de la que se tiene constancia del apóstol San Pablo, hallada en Santa Tecla (Italia)

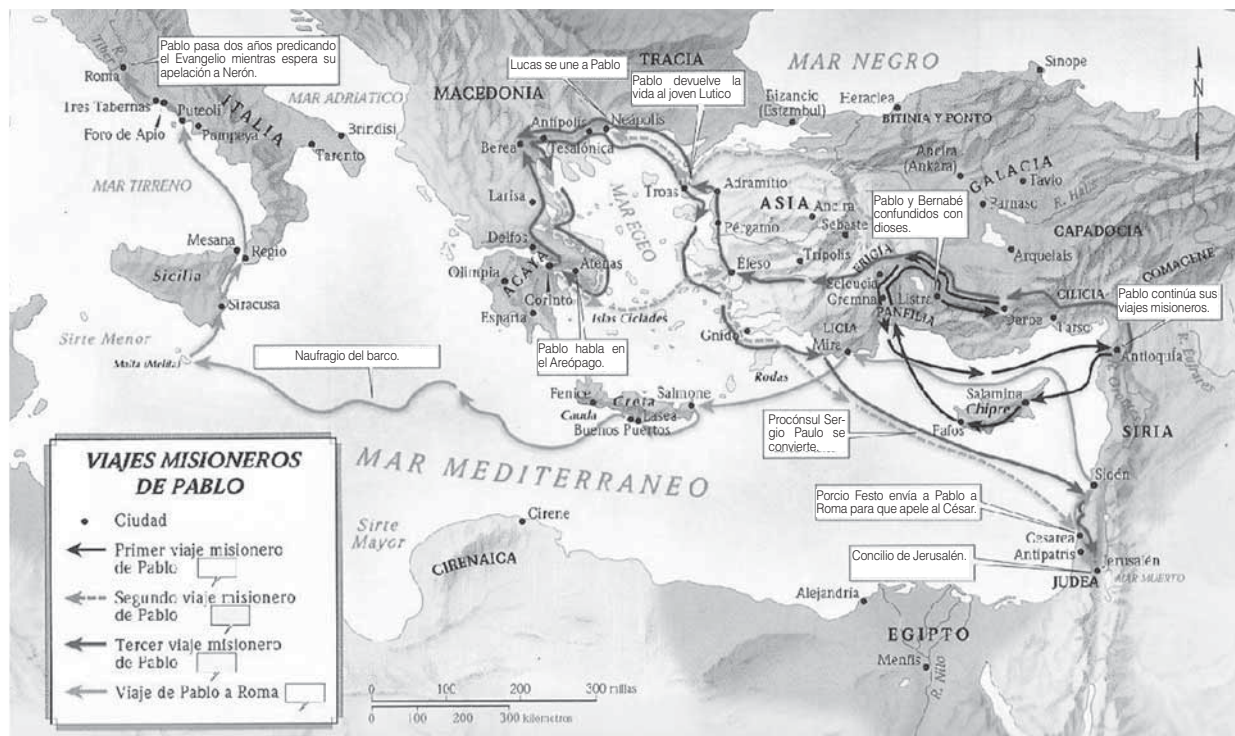
envió a su Hijo, como Aquel que vino del Padre eterno para salvarla. Pero su conocimiento de ella y su amor por ella brotan, no de alguna simpatía de naturaleza, sino porque era su divina prerrogativa “conocer lo que hay en el hombre” (Jn 2, 25). Y cuando Él se hizo hombre, conoció aun sólo por medio de esa divina omnisciencia, y no experimentalmente, el desorden de nuestras mentes y la tiranía de Satán. Participó, ciertamente, de nuestras debilidades, pero no podía participar de nuestra rebeldía, apasionamiento e ignorancia.

Pero existe un conocimiento y amor de la naturaleza humana que poseen los santos, que es consecuencia de una experiencia íntima de lo que realmente es la naturaleza humana, en su irritabilidad y sensibilidad, su desaliento y variabilidad, su debilidad, su ceguera, y su impotencia. Los santos tienen ese don, y viene de lo alto, aunque puede obtenerse, humanamente hablando, o por la memoria de lo que ellos mismos fueron antes de su conversión, o por una fina aprehensión y apreciación de sus propios sentimientos y tendencias naturales. Y entre aquellos que lo han poseído, creo que el ejemplo más conspicuo y señalado es el gran Apóstol de los gentiles. Y este es un tiempo del año en que no está fuera de lugar hablar de él, considerando qué diligente es la Iglesia en traerlo ante nosotros en las semanas que ahora están terminando.¹ Primero,

en Navidad, nos hace escuchar su voz, como una trompeta del herald, anunciando una y otra vez en el día la llegada de la Gracia Encarnada sobre la tierra. Luego procede a leer sus Cartas en Septuagésima, y más tarde, no contenta con la fiesta de su conversión, reitera su festividad en Sexagésima, que a veces cae en ese mismo día, y que es una segunda conmemoración del Apóstol. Como ya he hecho algunas consideraciones sobre su amor a la naturaleza humana, o filantropía, de modo general, ahora en Sexagésima, y tanto como el tiempo lo permita, me referiré a ese amor en cuanto ejercido dentro de la Iglesia hacia sus hermanos, no simplemente como herederos del cielo, sino como hijos de Adán que son herederos del cielo, poseyendo aún esa naturaleza tan plenamente como antes, y que tiene que ser redimida.

Dice en el texto: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Padre de misericordia y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!”. Aquí habla de un ministerio de servicios caritativos, y lo hace brotar de una simpatía con los otros; nuestra propia memoria y experiencia de la aflicción nos urge, y nos capacita, para ayudar a otros que están en una aflicción parecida. La caridad, lo sabemos, es una virtud teologal, y el amor del hombre está incluido, propiamente hablando, en el amor de Dios. Dice San Juan: “Todo el que ama a Aquel que da el ser ama también al que ha nacido de Él” (1 Jn 5,1). Y también, “Hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn 4,25).

¹ Sexagésima: el segundo domingo de los tres que se contaban antes de comenzar la Cuaresma.

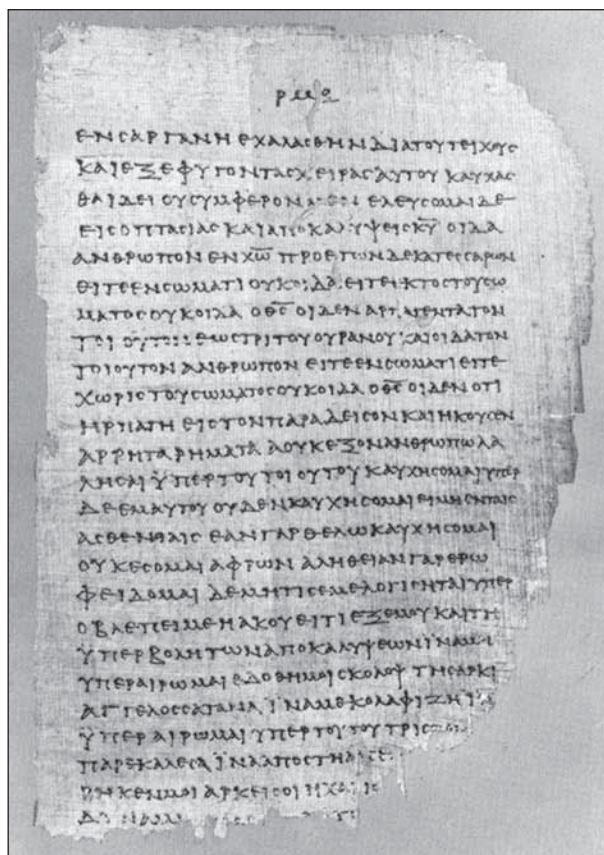


Pero existe otra virtud distinta de la caridad aunque conectada de cerca con ella. Así como el mismo Dios Omnipotente tiene la compasión de un padre por sus hijos, pues “Él sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos polvo” (Sal 102,14), así, siguiendo su ejemplo, nosotros somos llamados a querer la virtud de humanidad, por así llamarla, una virtud que viene de Su gracia sobrenatural y es cultivada por amor de Dios, si bien su objeto es la naturaleza humana vista en sí misma, en su intelecto, sus afectos, y su historia. Y es esta virtud que considero tan característica de San Pablo, que él mismo la inculca a menudo en sus Cartas cuando pide entrañas de misericordia, benignidad, amabilidad, gentileza, y cosas por el estilo.

Es tan habitual en este gran Apóstol tener conciencia plena de que él es un hombre, y un amor por los otros como sus parientes, que en su concepción interior y en el tenor de sus pensamientos diarios casi pierde de vista sus dones y privilegios, su puesto y dignidad, excepto cuando es llamado a recordárselos por obligación, y

es para sí mismo meramente un hombre frágil hablando a hombres frágiles, y es tierno hacia el débil desde el sentido de su propia debilidad. Más aún, su mismo oficio y funciones en la Iglesia de Dios le sugieren que tiene las imperfecciones y las tentaciones de los demás hombres.

Como ejemplo opuesto, tomemos el pasaje en el cual, sin hablar de sí mismo en particular, describe el lugar sublime que él, como los otros Apóstoles, ocupaba en el cuerpo cristiano. Era uno de aquellos Doce (para usar el número místico) que eran los sumos sacerdotes especiales del Nuevo Testamento, sentados en tronos para juzgar al pueblo, y ofrecer delante del Cordero, como habla la Escritura, frasquitos de oro llenos de perfumes, es decir, las oraciones de los santos. Aunque ese privilegio de elevación pontifical eran para él solamente una humillación personal, porque él mismo era uno de esa raza pecadora por quienes era ofrecido el sacrificio. El contrasta todos los Sumos Sacerdotes terrenales con Cristo mismo, en orden a bajarlos al



Papiro 46 o P46. Este documento fue escrito alrededor del año 200 d.C. y contiene la mayoría de las cartas de Pablo. Es una de las copias más antiguas existentes del Nuevo Testamento.

nivel de sus rebaños.² “Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza. Y a causa de esa misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo” (Heb 5, 1-3). Observemos su singular condescendencia: el que tiene impresa la dignidad jerárquica es quien ofrece el sacrificio por sus propios pecados, y debe compadecerse por los de los otros.

Y cuando habla de sí mismo y de su oficio más inmediatamente, lo hace del mismo modo.

² Newman considera a San Pablo como autor de la Carta a los Hebreos, según la tradición antigua.

“No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús”. Y luego prosigue: “Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros...Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor 4, 5.7.10).

Estos dos principales lugares de trabajo, tal como los registra la historia sagrada, fueron Asia Menor y Grecia. De ambos países él es especialmente el Apóstol, pero observad cómo pospone al Apóstol, si puedo hablar así, cuando continúa su obra apostólica, y goza en exponerse en esa condición de debilidad humana que es común a él y a sus oyentes y conversos, que en el orden de la gracia y de la Iglesia eran inconmensurablemente inferiores a él.

Hablando de sus trabajos apostólicos en Grecia, dice primero: “Cuando llegamos a Macedonia, no tuvo sosiego nuestra carne, sino toda suerte de tribulaciones: por fuera, luchas; por dentro, temores” (2 Cor 7, 5). Luego baja a Acaja, y su aflicción y su confesión de ella, continua como antes: “Me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso”, y todo esto mientras estaba dando muestras de su encargo apostólico, como dice, “del Espíritu y del poder” (1 Cor 2, 3-4). En otra ocasión encuentra necesario enumerar a los mismos conversos algunos de esos signos apostólicos, pero siempre interrumpe su catálogo pidiendo disculpas por hacerlo, y con una mención incidental de sus fracasos personales. “Pues si carezco de elocuencia, no así de ciencia”, dice, “lo que os voy a decir, no lo diré según el Señor, sino como en un acceso de locura, en la seguridad de tener algo de qué gloriarme” (2 Cor, 11,6.17). Y luego, después de hacer referencia a sus visiones y éxtasis, no está conforme sin volver a insistir en las debilidades que ha tenido como hombre: “Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un agujón a mi carne, un ángel de Satanás que

me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces, rogué al Señor que se alejase de mí. Pero El me dijo: ‘Te basta mi gracia, que mi fuerza se muestra perfecta en la debilidad’. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2 Cor, 7-9). ¿Qué muestra toda esta argumentación en el gran Apóstol sino un profundo conocimiento de sí mismo, y una impaciencia a menos que pueda aparecer ante sus conversos como partícipe de la misma tierra y cenizas que ellos?

Así sentía y hablaba a sus conversos en Grecia, y en Asia Menor sus manifestaciones, si puedo llamarlas así, eran del mismo tipo. “No queremos que lo ignoréis, hermanos: la tribulación sufrida en Asia nos abrumó hasta el extremo, por encima de nuestras fuerzas, hasta tal punto que perdimos la esperanza de conservar la vida” (2 Cor 1, 8). Y cuando por último se despidió allí de sus conversos su lenguaje es el mismo: “Sabéis cómo me comporté siempre con vosotros, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas y pruebas” (Hech 20, 18-19).

Ahora bien, podemos anticipar fácilmente cuál sería la consecuencia de una disposición de mente tan natural y abierta. Un hombre que se despoja así de su propia grandeza, se pone en el nivel de sus hermanos, se compadece de la naturaleza humana, y habla con semejante simplicidad y espontánea efusión de corazón, está en el acto en condición de concebir un gran amor por ellos, y de inspirar un gran amor hacia él. Así fue con San Pablo, y tenemos la evidencia y el registro de ello en esa visita de despedida a sus hermanos de Éfeso, Tiro y Cesarea, de la cual comencé a hablar. Los dejaba por causa de sus enemigos, los dejaba para ir a sufrir a Jerusalén. ¿Qué era lo que le preocupaba entonces?, no la perspectiva del sufrimiento, sino el dolor que les causaba a sus amigos esa perspectiva. “Mirad que ahora yo, encadenado en el espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá;

solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones; pero yo no tengo miedo de ninguna de estas cosas” (Hech 20, 22-24). Hasta aquí está tranquilo y también es valiente. Pero ellos le suplican que no suba a Jerusalén, y mirad el efecto que le causa esto: “¿Por qué habéis de llorar y destrozarme el corazón? Pues yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino a morir también en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hech 21, 13). Ved, hermanos míos, qué apego, qué afecto intenso, existía entre él y ellos. Además, les dijo que más allá de lo que le pasara, ciertamente no le volverían a ver: “Y ahora yo sé que ya no volveréis a ver mi rostro ninguno de vosotros, entre quienes pasé predicando el Reino...Dicho esto se puso de rodillas y oró con todos ellos”. Podemos estar seguros de lo que siguió de parte de ellos: “Rompieron entonces todos a llorar y arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por lo que había dicho: que ya no volverían a ver su rostro” (Hech 20, 25.36-38).

Hay santos en quienes la gracia suplanta la naturaleza. No fue así con el gran Apóstol. En él la gracia santificó y elevó la naturaleza. Le dejó en plena posesión y en pleno ejercicio de todo lo que era humano, que no fuese pecado. Él, que tenía la contemplación constante de su Señor y Salvador y le había visto con sus propios ojos, fue, sin embargo, tan susceptible a los afectos de naturaleza humana y a las influencias del mundo exterior, como si fuera extraño a esa contemplación. Es maravilloso decir que, encontrando descanso y paz en el amor de Cristo, no estaba satisfecho sin el amor de los hombres, y que siendo su recompensa suprema la aprobación de Dios, buscaba la de sus hermanos. El que dependía solamente del Creador, sin embargo, se hizo dependiente de la creatura. Aunque tenía Eso que era Infinito, no se dispensó de lo finito. Amaba a sus hermanos, no sólo “a causa de Jesús”, para usar su misma expresión, sino también a causa de ello. Vivía en ellos, sentía con ellos y por ellos, estaba ansioso acerca de ellos, les ayudó, y

a su vez buscó el consuelo de ellos. Su mente era como un instrumento de música, arpa o violín, cuyas cuerdas vibran, aunque no se las toque, por las notas que dan otros instrumentos, y él vivió siempre, de acuerdo a su propio precepto: “Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran” (Rom 12,15). Era por ello el menos magisterial de todos los maestros y el más gentil y amigable de todos los gobernantes. Pregunta: “¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?”. Y después de decir esto añade según su costumbre característica: “Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré” (2 Cor 11, 29-30).

Este afecto ferviente hacia sus hermanos, este amor ardiente, pero no idolátrico, se manifiesta en todo lo que escribe. Por ejemplo, podemos imaginar el deseo palpitante que un Apóstol debe sentir de dejar este lugar de angustia y de ser llevado a gozar de la Presencia Divina; sin embargo, dice de sí mismo: “Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros” (Ef 1, 23-24).

Y cuando mira hacia ese feliz día futuro, en el que recibirá a Dios mismo como su recompensa, asocia los gozos del cielo con la presencia de sus conversos: “Pues ¿cuál es nuestra esperanza, nuestro gozo, la corona de la que nos sentiremos orgullosos, ante nuestro Señor Jesús en su Venida, sino vosotros? Sí, vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo” (1 Tes 2, 19-20).

Y así es con sus amigos, uno por uno: en medio de la plenitud de su unión sobrenatural con el Infinito y Eterno Dios, está siempre impaciente por la visión de sus rostros familiares. “Estoy lleno de alegría por la visita de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico, que han suplido vuestra ausencia” (1 Cor 16, 17). Y en otro lugar dice: “Mi espíritu no tuvo punto de reposo, pues no encontré a mi hermano Tito”, y luego: “Pero el

Dios que consuela a los humillados, nos consoló con la llegada de Tito” (2 Cor 2, 13; 7, 6). Otra vez, habla de Epafrodito, “que estuvo enfermo y a punto de morir. Pero Dios se compadeció de él; y no sólo de él, sino también de mí, para que no tuviese yo tristeza sobre tristeza” (Fil 2, 27). Dice con tierno lamento: “todos los de Asia me han abandonado” (2 Tim 1, 15). Entonces también ahora, cuando estaba a punto de ser martirizado, como antes, tuvo tiempo de pensar en sus amigos, en aquellos que estaban cerca suyo, aquellos que estaban lejos, y aquellos que habían desertado de él. “En mi primera defensa nadie me asistió, antes bien todos me desampararon... Pero el Señor me asistió...Me ha abandonado Demas por amor a este mundo” (2 Tim 4, 16; 9). “El único que está conmigo es Lucas” (2 Tim 4, 11), “el querido médico”, como lo llama en otro lugar (Col 4, 14).

Debo continuar de igual modo, si el tiempo lo permite, para recordaros también cuán deseoso es de la aprobación de sus hermanos: “Ante Dios estamos al descubierto, como espero que ante vuestras conciencias también estemos al descubierto” (2 Cor 5, 11). Debo mostrar qué sensible es a los desaires aunque al mismo tiempo muy misericordioso, qué sensible a la ingratitud aunque tan manso y gentil como sensible, qué temeroso del efecto de sus castigos a los culpables aunque firme en imponérselos cuando es su deber, cómo no hay ninguno de esos refinamientos y delicadezas de sentimiento que son el resultado de una civilización avanzada, ninguna de esas propiedades y embellecimientos de conducta en los que se deleita el intelecto cultivado, pero él es un modelo de ello en medio de ese conjunto de excelencias sobrenaturales, que es la cualidad de apóstoles y santos. En una palabra, siendo el especial predicador de la gracia divina, es también el especial amigo íntimo de la naturaleza humana. Siendo el que nos revela el misterio de los soberanos designios de Dios, manifiesta al mismo tiempo el más tierno interés por las almas de los individuos.

Y siendo tales sus características de personalidad, como las he venido describiendo, vosotros comprenderéis qué indignado estaría seguramente, pues no se puede usar una palabra más suave, ante la vista de los celos, enemistades, y divisiones en el cuerpo cristiano. Los aborrecería, no solamente como injurias a su Salvador, sino como una ofensa contra esa naturaleza común que nos da a todos y cada uno el derecho al título de hombres. Como amaba esa común naturaleza, sentía placer en ver a todos los que participaban de ella como si fueran uno, aunque estuvieran esparcidos por toda la tierra. Simpatizaba con todos ellos, sean quienes fueran y donde estuvieran, y sentía que era una especial misericordia, concedida a ellos en el Evangelio, que la unidad de la naturaleza humana fuera en adelante reconocida y restaurada en Jesucristo. El espíritu de partido, pues, era antagónico al espíritu del Apóstol, y una gran ofensa a él, aun cuando no fuera tan lejos como el cisma. “Cada uno de vosotros dice: ‘Yo soy de Pablo’, ‘Yo de Apolo’, ‘Yo de Cefas’, ‘Yo de Cristo’. ¿Está dividido Cristo?” (1 Cor, 1, 12-13). “No hay griego y judío, bárbaro y escita, esclavo y libre, pues Cristo es todo y en todos” (Col 3, 11).

Y ahora terminaré con una alusión, que es natural para mí hacerla, y que me justificaré decir que no he malinterpretado en gran medida el carácter del Apóstol. San Felipe Neri tenía una especial afecto por los escritos de San Pablo. Dice su biógrafo que “de los diferentes libros de Santos, le gustaban particularmente las Cartas de San Pablo, y que para hacer que su lectura le fuera fructuosa las leía lentamente, y hacía pausas. Cuando sentía ardor por lo que leía, no seguía adelante sino que se detenía a ponderar el texto. Cuando el sentimiento disminuía, continuaba su lectura, y así hacía pasaje tras pasaje”. Podemos preguntarnos a primera vista, ¿qué especial simpatía pudo haber, excepto que ambos eran santos, entre un humilde sacerdote, sin puesto ni oficio ni talentos extraordinarios, y un gobernador y doctor de la Iglesia, predicador, misionero, un hombre de mundo y un erudi-

to consumado? ¿Por qué las palabras del Apóstol entraban con especial fuerza en el corazón de Felipe, y eran alimento para su alma, en aquella pequeña celda en medio de una ciudad atestada? Pienso que ocurría así, aunque eran diferentes en posición, dones, e historia, porque tenían, sin embargo, algunos elementos de personalidad que eran sorprendentemente comunes a ambos. Los resumiré brevemente en dos puntos y así terminaré.

1. San Felipe Neri ostenta el título de “Apóstol de Roma”. ¿Por qué? ¿Fue un gran teólogo? No; nunca cursó estudios teológicos, pero era suficientemente versado en ellos, y es notable que siendo importantes los estudios de muchos padres de su Congregación, ni uno de ellos, hasta donde sé, ha escrito sobre temas dogmáticos o es una autoridad en ciencias sagradas. ¿Se ocupó en formar grandes santos? No, porque dejando ese gran oficio a otros (como se dice comúnmente de él), en su humildad se volcó a la santificación de hombres ordinarios. No fue un teólogo, ni un escrito ascético, sino que de modo familiar, con preceptos y máximas, con ejemplos biográficos, con lecciones de historia, se dedicó a toda la comunidad, buscando convertir a Dios a todos, fuesen gente encumbrada o baja, y formarlos en los grandes principios, fijando en sus corazones la sustancia y solidez del deber religioso. Vivió en una época, también, donde la literatura y el arte recibían su pleno desarrollo y comenzaba su reinado benigno sobre los pueblos de Europa, y su trabajo no fue destruir o suplantar estos dones de Dios, sino que, con el espíritu de una universidad católica, podría decir, buscó santificar la poesía, la historia, la pintura, y la música, para la gloria del Dador.

Ahora bien, ¿no veis, hermanos míos, que estoy continuando mi explicación sobre el carácter de San Pablo, hablando de un santo moderno que fue su alumno? Porque ciertamente también San Pablo, aunque Maestro inspirado, y en conocimientos teológicos “nada inferior a los grandes Apóstoles” (2 Cor 11, 5), sin embargo en sus

Cartas, en vez de insistir en ciencia y sistema, se dirige principalmente a los corazones de sus discípulos, e introduce doctrina, no tanto por sí misma sino para la práctica. Y por eso, aunque era de modo especial el “Doctor de los gentiles”, el principal ejercicio de su oficio apostólico fue formar el carácter e instruir el corazón, de acuerdo a los versos del Himno:

Egregie Doctor Paule, *mores* instrue,
Et nostra tecum pectora in coelum trahe.³

2. Suficiente acerca del *trabajo* de San Pablo, y el último de estos dos versos sugiere, en segundo y último lugar, su *modo* de realizarlo. Aquí también fue precursor de San Felipe. Uno fue ciertamente gobernante y príncipe en la Iglesia, con la más amplia jurisdicción; San Felipe fue un oculto sacerdote, con la sola jurisdicción de confesor; pero el más elevado y el más bajo coinciden en esto: poniendo a un lado las formas, tanto como fue legítimo hacerlo, y dejando que la influencia tome el lugar de la norma, y la caridad se coloque en vez de la autoridad, atrajeron almas por la belleza interior de ellos, y las mantuvieron cautivas por los afectos regenerados de la naturaleza humana. San Pablo parece haber sentido hacia su tremendo poder apostólico lo que sintió David hacia la armadura de su Rey, y, si bien lo usó por el sentido del

deber, prefirió “las cuerdas de Adán” (Os 11,4), y la voz de la persuasión. Lo que dice en una ocasión a Filemón es una suerte de lema de todo su ministerio: “Aunque tengo en Cristo bastante libertad para *mandarte* lo que conviene, prefiero más *rogarte* en nombre de la *caridad*, yo, este Pablo ya anciano, y además ahora preso de Cristo Jesús” (Fil 8).

No asombra que mi propio Santo, siendo lo que era, haya sentido la más íntima simpatía por un hombre como este, y que, como se recuerda, solo una vez dijo “yo ordeno”, y ganó y guió a sus hijos con su voz, sus ojos y su mirada. No asombra que haya sentido una tierna devoción hacia el corazón amante de este glorioso Apóstol, que fue gentil sobre el pináculo del poder más sublime, alegre tras diez mil desilusiones, y afectuoso y de temperamento dulce en las pruebas de la ancianidad.

Que todos nosotros, queridos hermanos, en nuestra respectiva vocación y situación, seamos partícipes de este mismo don, un don que es especialmente necesario en esta época, un don que está en singular correspondencia con las obligaciones y los objetivos de una Universidad.●—

3 “Pablo, gran doctor, instrúyenos en las costumbres, y atrae nuestros corazones contigo hacia el cielo”. Himno latino para la solemnidad de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio.

